ROTARY CLUB

EL PODER DE LA COMUNICACIÓN

Hablar del poder de la comunicación es una obviedad, porque la comunicación es poder. Sin comunicación no solamente seríamos impotentes, sino que incluso no llegariamos a existir.

El diccionario define la comunicación como la transmisión de señales mediante un código común al emisor y al receptor.

Esta definición nos muestra los tres protagonistas de la comunicación, el emisor, el receptor, y el mensaje.

Ascendiendo en la escala evolutiva podemos observar que en el mundo vegetal existen emisores, receptores y mensajes. Se sabe, por ejemplo, que las plantas se comunican entre ellas. Algunas incluso se comunican con los insectos. El color, el aroma y el nectar de las flores envian un mensaje atractivo a los insectos, que al acercarse a libarlas, trasladan el polen en sus patas extendiendo así la semilla y asegurando la supervivencia de la especie.

En el mundo animal existen diversas formas de comunicación. Los insectos han desarrollado numerosos lenguajes a lo largo de la evolución. Se trata de un fenómeno innato: cada individuo nace con un código distintivo que comparte sólo con los miembros de su propia especie. Sus sistemas de comunicacion pueden ser táctiles, sonoros, olfativos, visuales, o incluso quimicos.

En los animales superiores, existe un grupo con un tipo de lenguaje que podría ser tan complejo como el nuestro. Conocidos por su inteligencia y su afinidad con los seres humanos, los delfines se comunican entre sí con un sistema de sonidos con una complejidad impresionante que se asemejaba mucho a una conversación humana.

Otros animales inteligentes (como los primates) parecen tener una especie de lenguaje ropio con sonidos que representan determinados conceptos, y en ocasiones han sido capaces de aprender lenguajes de señas de hasta unas mil palabras. Esto les da bastante margen de comunicación, pero dista mucho de la inmensa capacidad de los lenguajes humanos.

A nosotros nos queda la forma más precisa de comunicarnos. Nos queda la palabra. Aquel "Pienso luego existo", que expresó Descartes en su día, se tendría que completar con este otro argumento. "Pienso luego hablo".

La comunicación humana es el autetico poder que sustenta las relaciones sociales. Una sociedad sin comunicación, es una sociedad agonizante. La sociedad no sobrevive en el silencio, ni se desarrolla en el aislamiento. Los pensamientos y los hallazgos deben compartirse. Nace la comunicación como exigencia vital del comunicador, y luego crece y se estructura según las aportaciones de los comunicadores. De ahí que la comunicación sea una excelente forma de relación personal.

Según los teoricos del lenguaje, toda palabra pertenece por igual, mitad y mitad, al que habla y al que escucha. El protagonismo de la comunicación, no sólo reside en el comunicador, también en el receptor, y sobre todo el grado de identificación que haya entre ambos. No hay comunicación sin la implicación, sin la complicidad del otro.

El comunicador encuentra su recompensa, sabe que su voz no clama en el desierto, desde el momento en que encuentra otra voz que habla el mismo idioma y comparte la misma idea. La comunicación se consigue cuando el emisor y el receptor, son propietarios al cincuenta por ciento de la misma palabra.

Por lo tanto, la comunicación es un "medio de interrelación", entre el emisor y el receptor. La verdadera comunicación surge en el momento en que el mensaje encuentra respuesta. La información es un mensaje de ida. La comunicación, sin embargo, es un camino de ida y vuelta.

Los dos grandes enemigos de la comunicación son el dogmatismo y el fanatismo.

Los sociólogos definen el dogmatismo como una degradación. Etimológicamente dogma significa opinión, pero con el tiempo se ha transformado en verdad sin fisuras ni réplicas.

El dogmático no evoluciona, tiene sus convicciones fosilizadas. No entiende los matices, ni las glosas, ni las notas aclaratorias. La verdad es intocable, y curiosamente, siempre es la suya, no la de los demás.

El dogmático no tolera preguntas, solo exige la aceptación. El dogmático es intolerante, para él no existe el intercambio de ideas, solo cuenta la obediencia ciega.

Su verdad es por principio excluyente. Para el dogmático, la verdad es una, la suya, y los errores son de los que no acepten su verdad.

El fanatismo es el dogmatismo llevado a la acción. Todos los que no acepten su verdad son enemigos, y por lo tanto, hay que combatirlos.

El mensaje del dogmático y el fanático es muy claro, y sobre todo muy fácil de repetir.

La repetición insistente conduce a la persuasión o al lavado de cerebro.

No hace falta recordar la historia. Aquellos sermones de Savonarola, o de los miles de inquisidores que recorrieron Europa, quemando herejes, lo hicieron gracias al dogmatismo y el fanatismo de sus creencias.

Se habían apropiado de una falsa verdad que no admitía glosas ni distingos. Sus palabras no buscaban la libre discusión, la razonable controversia, eran mandatos inapelables que había que aplicarlos con devoción.

La historia nos habla de dogmáticos de una sola verdad repetida hasta el convencimiento absoluto. Con ese mensaje sin fisuras, Hitler mató a millones de judíos, mientras el pueblo alemán miraba para otro lado.

Con ese absolutismo ideológico, bañado de religión, los ayatolah predican el fanatismo en sus mezquitas y reclutan con sus proclamas a obedientes suicidas que se inmolan matando a gente inocente.

Todos, desgraciadamente, utilizan malignamente una herramienta que fue concebida para la relación personal. La palabra.

Las palabras de los dogmáticos y los fanáticos han provocado que la humanidad haya tardado tantos años en llegar a su edad adulta. El dogmático quiere vencer. El comunicador desea convencer. El dogmático utiliza las palabas como armas de sumisión masiva. El comunicador utiliza las palabras como punto de encuentro.

La palabra ha de llegar al otro por el adecuado y fecundo intercambio de ideas. La palabra no ha de temer la controversia, todo lo contrario, si la provoca, es señal de que ha cumplido el fin de comunicar. La palabra ha de romper el silencio temeroso.

Los teóricos del lenguaje afirman que las primeras palabras del ser humano fueron de admiración ante los fenómenos que asaltaban sus sentidos y de interrogación ante las preguntas que esos mismos fenómenos provocaban. Admiración e interrogación, Pero de las dos, las que hace que la persona busque una explicación coherente no es la admiración, sino la interrogación.

La admiración conduce a la fe del fanático. Sin embargo, la interrogación se cuestiona los innumerables incógnitas que le ofrece la vida y busca una respuesta.

El Admirativo acepta lo que le echen. El Interrogativo no da nada por supuesto, no sigue la senda de todos, sino que se plantea una opción personal.

Al hombre de la interrogación, la comunicación le ofrece si no una respuesta, por lo menos un cauce para que pueda expresar sus inquietudes.

La comunicación no siempre da respuestas, pero proporciona encuentros. Y ese puede ser un buen camino,

La comunicación solo tiene sentido con el diálogo.

Hablar es comunicar, dialogar es convivir. Para llegar a un diálogo efectivo, hay que saber escuchar.

Ya lo decía Machado. "Para dialogar, preguntad primero, después escuchad"

La clave del diálogo, no siempre está en el emisor del mensaje, sino en el receptor del mismo.

Se impone, cada vez más, la evolución de los receptores.

Existe sobreabundancia de mensajes. Todo el mundo quiere decir algo, que es lo mismo que decir que todo el mundo quiere decir nada.

Si todos hablan y nadie escucha, no hay dialogo, existen infinitos monólogos sin respuesta.

Se impone un aprendizaje de la recepción.

Existen las personas de acción. Las que hacen

Existen las personas de dicción. Las que dicen.

Y también existen las personas de audición. Las que escuchan.

Se oye mucho, pero se escucha poco. Los que saben escuchar distinguen las voces de los ecos.

Los ecos son los que hablan por boca de otros, los que reparten consignas, los que emiten mentiras, falsedades, exageraciones, calumnias.

Las voces son los que hablan con su propia opinión, que no siempre es cierta, pero por lo menos es auténtica.

Los que saben escuchar, son los que dan sentido a la palabra humana, los que la ennoblecen, los que la consideran portavoz de un mensaje que debe ser analizado, discutido, dialogado.

Más allá que la técnica que la ha hecho posible, la radio es comunicación oral, es un trozo de vida hecha sonido, un bocadillo de realidad que va de boca a oído.

Me considero un hombre privilegiado, porque desde que escuché la llamada de la radio, sólo tuve que hacer una cosa, ser fiel a ella, saborear el placer de trabajar año tras año, en algo que me apasiona y que ha premiado con creces el esfuerzo con un sinfín de satisfacciones. La historia de la radio está plagada de historias de amor. La concibió un joven **Guillermo Marconi**, cuando con 20 años, en 1.895, consiguió enviar, desde la buhardilla de la casa de campo de sus padres, un mensaje en Morse hasta un receptor, situado a dos kilómetros de distancia, detrás de una colina.

Dos años más tarde del Experimento de la Colina, la radio cubre una distancia de 4 kilómetros, de un lado a otro del canal de Bristol, y en 1.902 cruza el Atlántico.

Uno de los grandes placeres de mi vida como hombre de radio lo tuve cuando pude mantener una larga conversación personal con su hija, la princesa María Elettra Marconi, una mujer dinámica de 87 años de edad que ha dedicado toda su vida a difundir el legado de su padre.

La hija del inventor de la radiotelegrafía confesó ser una gran amante de internet, de las redes sociales, de los celulares y de todos los nuevos medios de comunicación que no hubieran podido llegar a nosostros sin los experimentos de su padre.

La radio tuvo que hacer su propia revolución interior, gracias a un contacto cada vez más cercano con sus oyentes, contacto que se convierte en participación.

Precisamente ahí radica su calificación de medio caliente. La radio deja de emitir únicamente en una sola dirección y acepta el diálogo con la audiencia, atendiendo sus respuestas, sugerencias, exigencias o retos.

El oyente cierra su ciclo como elemento pasivo y se transforma en participante, en protagonista. A partir de este momemento en la radio en vez de un locutor y un oyente existen dos interlocutores. Como toda relación de ida y vuelta, el profesional de la radio tiene que aprender a ser oyente. Ha de hablar menos y escuchar más. Escuchar la voz de la gente que le sigue. Evaluar sus opiniones, contrastar sus ideas, para cumplir con su obligación principal, que se resume en una palabra: credibilidad.

La credibilidad vendrá dada exclusivamente por la identificación. Saber comunicar es aprender a ponerse en la piel del oyente, a pensar como él, a preguntar lo que quería preguntar, a interesarse por los asuntos que le interesan. El profesional de la comunicación, además de captar el interés del oyente, ha de buscar su implicación, su complicidad.

La radio enseña esta doble función. El que habla ha de escuchar, el que escucha ha de hablar. Gracias a ello se ha ganado luna audiencia cada vez más creciente.

Desgraciadamente no siempre así. En la actualidad existe un exceso de beligerancia y una escasez de ecuanimidad. Hay demasiadas emisiones que propugnan y defienden una ideología determinada y que en definitiva solo dialogan con los oyentes que son de su cuerda. Abunda el fanatismo de profesionales que han olvidado su papel de mediador y toman parte y se implican en una ideología.

No es radio de diálogo, sino radio militante. Hay consignas, arengas, mensajes unidireccionales, que hablan a los adictos y marginan a los discrepantes.

Es el signo de los tiempos. En vez de un debate razonado y civilizado, se prima el ataque personal, la descalificación subjetiva, y hay radios que parecen un trasunto de la barahúnda de las redes sociales, donde el insulto, la injuria y la difamación están a la orden del día.

No me pregunten por ella. Esa radio, aunque tenga los medios técnicos más sofisticados y el equipo profesional mejor pagado, para mi no es un medio de comunicación. Es un instrumento de propaganda, hermana gemela de la falsedad y la manipulacion.

Aquel gran escritor y sociólogo que fue José Luis Sampedro nos dejó las siguientes palabras:

Lo que muchos llaman opinion publica no es el resultado del pensamiento reflexivo de la gente. No tenemos pensamiento crítico. La gente no razona, no piensa. Las decisiones se toman por razones viscerales. El poder exixtente domina los medios de información. Lo que llaman opinión publica es una opinión mediática, creada por lo que interesa al poder. Pero hay que seguir adelante. Las batallas hay que darlas, se ganen o se pierdan. Hay que darlas por el hecho msmo de darlas poque eso nos junta, eso no ratfica.

En esa batalla está la radio de la libertad. Una radio que que es conciencia crítica, bestia negra para los turiferarios, quebradero de cabeza para los conformistas, azote de pícaros y pesadilla de corruptos.

La libertad es el aire que respiramos y el pan que nos alimenta, es nuestra pasión y nuestro impulso, nuestra fuerza y nuestro orgullo, nuestra raíz y nuestra enseña.

Los dictadores, los fundamentalistas, los tiranos, los terroristas utilizan todos los medios a su alcance para atacar los cimientos de la libertad.

Pero cuidado, no confundamos. Un cosa es la libertad de expresión y otra bien distinta es la libertad de agresión Utilizar la libertad para injuriar, insultar, falsear o violentar, es degradarla y arrebatarle su esencia. Eso no es libertad, eso es caos, desorden, enfrentamieno, en definitiva anticomunicación.

Contra la máquina generadora de odio, el comunicador solo se enfrenta con la palabra. Una palabra sin censuras, una palabra que informa de lo que ve y no está sometida a la bota del poder, una palabra que defiende la concordia en la diversidad.

La auténtica libertad de expresión es una conquista cotidiana, un derecho que hemos de ganarnos a pulso y la contienda es larga. La libertad es indivisible. La libertad es solidaria, y ha de conjugarse en plural. Es la condición previa para que exista una sociedad tolerante, una sociedad donde donde la concordia sea más fuerte que la xenofobia, donde la diversidad del mestizaje prevalezca sobre el dogmatismo.

El comunicador tiene el deber de transformar la violencia en tolerancia, combatiendo la manipulación del poder con la verdad participada por todos.

A Mercurio, el Heraldo de los dioses, la mitología lo describe con alas en los pies. Alas de libertad tiene la palabra del comunicador. Alas de libertad, reflejadas en la persuasión de una voz, en la elocuencia de una imagen o en un viaje veloz por el ciberespacio.

Esta y no otra es nuestra función. Somos heraldos de la Diosa Libertad y hacemos nuestra la frase de **Federico García Lorca:** "En la bandera de la libertad bordé el amor más grande de mi vida".

Solmente así podemos utilizar debidamente el poder de la comunicación.

Luis del Olmo